

## ÍNDICE

1.	Semillas nómadas (Migraciones climáticas)	11
2.	Plantar para no morir (Heteropatriarcado)	25
3.	Simbiosis virtuosa (Permaeducación)	39
4.	Volver a las raíces (Biofilia)	49
5.	Metástasis (Colapsología)	59
6.	Contra prisa, risa (Dopaminadicción)	69
7.	Desaparecer del mapa (Solastalgia)	81
8.	Una artista a la intemperie (Aporofobia)	103
9.	Elysium (Ortotanasia)	113
10.	La primera decisión de una nueva vida (Ecocidio)	127
11.	Somos las historias que nos contamos (Antropoceno)	139
12.	El hábito de los jardines (Ecópolis)	153
13.	Transnaturalismo (Multiverso)	167
14.	Informe para una academia (Matria)	177
15.	Nomeolvides (Gerontocracia)	187
16.	La bondad sin épica ni lírica (Aprendívoros)	193
17.	Sanar cultivando (Hortiterapia)	207
18.	Un jardín en la oscura inmensidad (Terraformar)	215
19.	Convertir las espadas en arados (Jardinética)	223
20.	Germinar a la sombra (Contrapocalipsis)	231

21.	Una parábola con dos finales (Biomimetismo)	239
22.	No hay algoritmo del amor feliz (Robotlución)	255
	Los nudos de la trama: glosario crítico	269
	Posdata y agradecimientos	291

1

SEMILLAS NÓMADAS  
(MIGRACIONES CLIMÁTICAS)

Cuando plantamos una semilla,  
plantamos un relato con posibilida-  
des de futuro. Es un acto de espe-  
ranza.

SUE STUART-SMITH,  
*LA MENTE BIEN AJARDINADA*

**E**n su tierra de adopción nadie sabía pronunciar su nombre de pila, Quedraogo, por lo que le apodaron Faso, en clara alusión a su país de procedencia. Había nacido en una aldea de etnia mossi, en la provincia de Namentenga, situada en la región centro norte de Burkina Faso. Y allí seguiría si las sequías no se hubieran vuelto cada vez más frecuentes y prolongadas, por culpa, decían, del cambio climático. Cuando los pozos empezaron a secarse y las cosechas a reducirse, se vio obligado como muchos otros jóvenes a abandonar su casa familiar para ir en busca de oportunidades a la capital, Uagadugú. Esa fue la primera etapa de un tortuoso y por momentos desgraciado periplo que, al cabo de muchos meses, acabaría en España.

El día que se despidió de los suyos, su padre le entregó un saquito, confeccionado por su madre con un trozo de tela usada, mientras le decía: “Allá donde crezcan estas semillas estará tu nuevo hogar”. Dentro había reunido en paquetitos

## UN TROZO DE TIERRA

perfectamente sellados simiente de mijo, sorgo, ñame, sésamo, maíz, cacahuete, caupí, índigo, algodón y otras plantas del huerto despensa que sus antepasados habían cultivado durante generaciones y generaciones. Había conservado aquel saquito como un tesoro mientras atravesaba fronteras, desiertos y montañas en dirección al norte, empeñando su vida en ir tras el espejismo de Europa, una palabra a la que le rodeaba una aureola casi mágica. La esperanza de que algún día sembraría aquellas semillas le había ayudado a soportar incontables penurias y calamidades y, aun andrajoso, hambriento y maloliente, conservar la dignidad. Había dormido durante semanas bajo un techo de estrellas, mendigado por las calles, comido hierbas silvestres, trabajado hasta la extenuación por un salario de miseria y realizado humillantes e ingratas tareas, que prefería no recordar, para llenar el estómago. Solo de pensar en las penalidades que había tenido que pasar para salir adelante le invadía un amargo orgullo y un hondo desánimo.

Le llevó casi un año alcanzar la ciudad de Maghnia, situada en el noroeste de Argelia, adonde llegaban muchos subsaharianos de paso hacia el país vecino, donde malvivió seis meses en un *bidonville*. Durante ese tiempo intentó infructuosamente, una y otra vez, llegar a la cercana ciudad marroquí de Uchda caminando por el bosque, al amparo de la oscuridad, para evitar que la policía lo descubriera y, tras molerle a palos, lo devolviera a

Argelia. No logró su propósito hasta su séptima tentativa. Una vez allí se dedicó a rebuscar entre las montañas de desperdicios que se acumulaban en el basurero municipal algo que pudiese vender por unos dirhams, como botellas de vidrio o piezas de cobre, hierro o aluminio. Tardó muchas semanas en ahorrar el dinero que costaba el billete de autobús hasta Tánger, desde donde esperaba cruzar en zódiac hasta Ceuta algún día. Con el fétido olor de la inmundicia adherido a la piel, se acostaba

todas las noches en un mugriento jergón, que escondía entre la maleza de un pinar cercano. Allí habían encontrado refugio muchos otros inmigrantes procedentes de Ghana, Malí, Níger, Senegal, Mauritania y otros países a la espera de una oportunidad de embarcarse en una patera rumbo a España.

Llevaba tres meses durmiendo en aquel improvisado campamento, que había crecido en la ladera de una colina desde la que se divisaba el Atlántico, cuando supo por unos compatriotas que aquella noche se preparaba un asalto multitudinario al paso fronterizo de la ciudad de Melilla, protegido por una alambrada de seis metros de altura. Faso gastó todos sus ahorros en agenciarse una plaza en un renqueante camión atestado de indocumentados, que cubrió por carreteras secundarias los setenta y tantos kilómetros que separaban el campamento de su codiciado destino. Al rayar el alba, una turbamulta se había congregado en una explanada frente a la frontera. A una señal de los cabecillas, equipados con cizallas y sierras radiales portátiles destinadas a cortar el alambre de espino, esa muchedumbre se abalanzó en tromba contra diferentes puntos de la valla perimetral intentando pillar desprevenidos a los guardias civiles. Estos se vieron desbordados por la avalancha de asaltantes, que, en algunos casos, iban armados con botes de laca y mecheros a modo de rudimentarios lanzallamas, garfios, palos y objetos cortantes. En menos de un cuarto de hora todo había acabado. La mayoría de los asaltantes fueron contenidos, pero un grupo bastante numeroso, en el que se encontraba Faso, logró eludir a los agentes, las concertinas y otros dispositivos antintrusión y entrar en territorio español. Aunque con el cuerpo magullado por las caídas y golpes, llegó por su propio pie al Centro de Estancia Temporal de Inmigrantes (CETI) junto a otros indocumentados, que, previamente, se habían deshecho de sus credenciales a fin de dificultar su identificación e impedir su “devolución en caliente”.

Pasaría en las masificadas instalaciones del CETI, mano sobre mano, algo más de tres meses, pendiente de que autorizaran su traslado a la península, donde había más oportunidades de encontrar trabajo. Siguiendo la recomendación de otros residentes subsaharianos, no quiso solicitar asilo por temor a que le impidieran salir de la ciudad autónoma y aguardó pacientemente a que le llegara el turno. No se hacía demasiadas ilusiones respecto a lo que le esperaba en Europa ni se engañaba en relación con sus posibilidades laborales, pero prefería convertirse en un simpapeles que arriesgarse a ser repatriado. El tiempo fue pasando, hasta que, un día de principios de junio, la autoridad competente ordenó su traslado a Algeciras, a bordo de una embarcación de Salvamento Marítimo, junto a un centenar de “personas migrantes en situación de vulnerabilidad”. No tardaría en comprobar que el lenguaje administrativo, pese a su frialdad, podía resultar más humanitario y respetuoso que la realidad. Tras una breve estancia en un centro de acogida para extranjeros regentado por voluntarios de una organización no gubernamental, empezó otra vida para Faso. Se había convertido sin saberlo ni pretenderlo en un refugiado climático.

Después de tres años y pico en España seguía siendo un extranjero en situación irregular, que trabajaba como temporero en el campo, sin contrato ni residencia fija, desplazándose de aquí para allá. Durante la primavera y el verano participaba en

la campaña de la fruta en Lérida y Aragón. Al llegar el otoño, acudía a vendimiar a La Rioja y, más tarde, al Levante para recoger naranjas y mandarinas. El resto del año subsistía cargando y descargando camiones, limpiando granjas avícolas y explotaciones ganaderas. Así hubiera podido seguir su vida si no hubiera entrado a trabajar en un vivero de un pueblo de la costa de Alicante llamado Jávea, en donde se encontraba de paso hacia otra parte. Quiso la casualidad que, un buen día, al entrar en una

tienda de comestibles, reparase en una nota manuscrita junto a la caja que rezaba: “Se busca ayudante de jardinero dispuesto a aprender el oficio y con ganas de trabajar”. Telefonó al número que figuraba en el papel y preguntó por el firmante de la petición, un tal Arnau Oliva, quien, tras ponerle al corriente de las condiciones laborales, le instó a pasar por el vivero si seguía interesado en el puesto.

Por primera vez tenía un buen motivo para alegrarse de haber acudido, con no poco esfuerzo, a las clases de alfabetización para extranjeros. De otro modo, no hubiera podido descifrar el escrito con la susodicha oferta de trabajo ni hacerse entender por su nuevo patrón. Después de superar el periodo de prueba de un mes, este le hizo un contrato en regla tal y como le había prometido, por lo que podía considerarse un afortunado. Al fin, reunía los requisitos para solicitar la tarjeta de residencia. Era la primera vez que no lo veían como un negro más que explotar y le daban la oportunidad de demostrar su valía. Puede que el trabajo no estuviese demasiado bien pagado, resultase a veces agotador y nunca supiese con certeza cuándo acababa la jornada, pero era más de lo que nunca había tenido. Para alguien que las había pasado moradas y llevaba viviendo a salto de mata durante tanto tiempo, se parecía bastante a la seguridad. Todavía no tenía un lugar donde dormir como es debido, pero no le preocupaba. Difícilmente sería peor que los cuchitriles de los poblados chabolistas, asentamientos irregulares, edificios abandonados o pisos patera en los que estaba acostumbrado a alojarse. Pernoctó de incógnito unos días en una caseta de aperos, pero no tardó en encontrar una habitación de alquiler en el pueblo gracias al aval de Arnau Oliva, quien gozaba de una merecida fama de hombre honrado entre sus vecinos. Era este un tipo campechano, de espaldas anchas y el aspecto fornido

de quien está acostumbrado a las labores del campo, con una

imponente cabeza calva, la piel curtida por el sol y dos manazas encallecidas por el uso frecuente de las herramientas. No gastaba palabras en balde, pero si tenía algo que decir lo hacía sin rodeos ni tapujos. Su franqueza podía confundirse a veces con acritud, pero no le cabía el corazón en el pecho, como le gustaba decir a su mujer Pepita.

Pese a su juventud, Faso había vivido lo suficiente para percatarse de la bondad que encubría su aparente rudeza. Arnau era un patrón exigente, poco dado a negociar e, incluso, autoritario, pero detestaba la cobardía, la injusticia y la mentira. Aunque no tenía inconveniente en llamarlo negro e ignoraba el lenguaje políticamente correcto, estaba lejos de su ánimo aprovecharse de la desgracia ajena. De hecho, le había dado sobradas muestras de que podía fiarse de él. Más de una vez había salido en su defensa en el bar, cuando alguien había hecho comentarios ofensivos sobre el color de su piel o se había metido con cualquier pretexto con los extranjeros, llamándolos muertos de hambre, carne de patera, robaempleos u otras lindezas por el estilo. “Tan poco hombre eres que tu principal motivo de orgullo es haber nacido aquí”, le espetó cortante a un paisano que le incordiaba. Y el otro, incapaz de sostener su penetrante mirada, pagó la consumición y enfiló la puerta sin decir ni mu. Desde aquel momento, Faso le profesó una lealtad que nunca decayó. Los emigrantes eran un blanco demasiado fácil sobre el que descargar, intencionadamente o no, la ira causada por toda clase de frustraciones. Demasiadas personas cedían a la tentación de culparlos de cuanto iba mal, lo que las liberaba de la responsabilidad de cambiar las cosas.

Años de vivir en la cuerda floja, sin tener dónde caerse muerto, habían enseñado a Faso a no confiar en nada ni nadie, pero

todavía perduraba en su interior una necesidad de arraigo y latía bajo su desapego un anhelo de pertenencia. Por el camino



se había olvidado de las expectativas que le habían traído a Europa y únicamente pensaba en cómo llegar a mañana. Ya casi había renunciado a encontrar su sitio y se había resignado a ser otro negro más que se deja la piel en la economía sumergida de los blancos cuando se sorprendió de que lo acogieran. Desde que había abandonado su hogar nunca había dejado de sentirse un forastero. Tuvo la grata y desconcertante impresión de haber alcanzado su meta, como si las fatigas y los sinsabores pasados durante esos años fueran el peaje que había necesitado pagar para llegar a ese pueblo del sudeste español.

Cuando entró a trabajar con Arnau, Faso todavía conservaba el saquito con las semillas de su huerto familiar, pero ya se había quitado de la cabeza la idea de plantarlas algún día. La principal actividad del vivero La Marina consistía, aparte de vender plantas a particulares, en el mantenimiento de jardines privados, muchos de ellos obra del patrón. Aunque todavía le encargaban de tanto en tanto la realización de nuevos proyectos, se ocupaba sobre todo de conservar en perfectas condiciones los vergeles de sus acaudalados clientes, para que, cuando se instalasen en sus segundas residencias, lo encontraran todo a su gusto y pudiesen disfrutar de ellos sin preocuparse de nada. Antes de que llegasen procedentes de la ciudad, debía cuidarse, junto con su cuadrilla de ayudantes, de cortar el césped y los setos, retirar las hojas y ramas secas, reponer las plantaciones muertas, podar las palmeras, arreglar el riego automático, controlar las plagas vegetales y no sé cuántas tareas más.

Arnau supo apreciar desde el principio la buena mano de Faso con las plantas. “Aprendes rápido, se nota que has cultivado la tierra desde niño”, le reconoció al final de una extenuante jornada de trabajo, en la que habían estado cavando hoyos para plantar árboles frutales en una finca. Mientras le alargaba un

botellín de cerveza fría, que sacó de una nevera portátil, agregó

mirándole fijamente a los ojos: “Eres un hombre de campo como yo, y no como mis otros ayudantes, que trabajan de jardineros porque no encuentran nada mejor”. Ese reconocimiento, viniendo de una persona de pocas palabras como su patrón, significó mucho para Faso. Y es algo de lo que no se olvidaría jamás. Hasta entonces, todos los blancos que había conocido, incluidos policías, asistentes sociales y miembros de oenegés, lo habían mirado con superioridad o condescendencia. Para su sorpresa, Arnau lo trataba como un igual, por más que fuera su jefe.

Muy pronto se ganó el respeto de su joven ayudante, no solo a nivel humano, sino también profesional. Por más que este fuera un hijo de campesinos, tenía la impresión de que, gracias a su patrón, veía el mundo vegetal por primera vez. Arnau le hacía reparar en detalles en los que jamás se había fijado y apreciar la belleza de una flor silvestre o una simple hoja. Le enseñó a modelar el espacio con plantas y a relacionarse con ellas de un modo nuevo, a escuchar sus necesidades y leer sus mensajes. Faso nunca había conocido a nadie que gozase más con su trabajo, si es que podía llamársele así. Arnau se esforzaba mucho por que los jardines a su cargo lucieran en todo su esplendor, pero su relación con la tierra no era utilitaria ni mercantil. No se basaba en el provecho y el rendimiento, sino en la belleza y el cariño. A su lado, Faso descubrió que la jardinería era una forma de vida y, casi sin darse cuenta, adoptó como propios los ideales de su patrón.

El joven africano estaba ávido de aprender y Arnau, como todas las personas que han alcanzado la excelencia en su ofi-

cio, sentía que su deber era transmitir sus conocimientos. En más de un sentido su relación se parecía a la de un maestro y un discípulo. El joven acompañaba como una sombra a su admirado patrón, intentando descifrar cada uno de sus gestos y comprender por qué y cómo hacía lo que hacía: trasplantar,

podar, abonar, sembrar, injertar, compostar, entre otras muchas acciones necesarias para cuidar y mantener impecable un jardín, y no digamos crear uno nuevo. Faso lo había visto pasarse absorto en sus pensamientos, a diferentes horas del día, por la parcela en cuestión, antes de acometer movimientos de tierras o ponerse a sembrar. Cuando le preguntaba por qué causa plantaba una especie de árbol en vez de otra, este le instaba a imaginar cómo se desarrollaría su copa en el futuro. Y si se interesaba por conocer los motivos por los que construía una terraza, una pérgola, un parapeto o un estanque, aquel hablaba del juego de sombras y luces, del contraste de formas y colores y el equilibrio de las proporciones.

Sus realizaciones eran un regalo para los sentidos y el espíritu. En cuanto cruzabas la valla de entrada, te sentías transportado a otro mundo. Puede que le faltasen palabras, pero le sobraban recursos. Tal vez ignorase el nombre científico de las hierbas aromáticas, los árboles ornamentales y las flores, pero sabía a la perfección cuáles debía plantar, cuándo y dónde. Tal vez careciese de los conocimientos técnicos para levantar un plano a escala de la parcela o la habilidad para dibujar un croquis del jardín en cuestión, pero eso no le impedía darle la forma deseada. Y aunque no seguía un método propiamente dicho, poseía un estilo personal inconfundible. Claridad, orden y unidad constituían su firma. Si alguien permanecía insensible al encanto de sus diseños, podías estar seguro de que tenía algún defecto del carácter o el corazón. Faso había sido testigo de cómo un cliente agradecido había alabado en cierta ocasión su maestría llamándole experto paisajista, a lo que Arnau replicó sin falsa modestia ni ocultar su satisfacción que tan solo era un artesano jardinero, amante del trabajo bien hecho.

A medida que Faso absorbía como una esponja sus enseñanzas prácticas, se fue trenzando entre ellos una camaradería que

tenía mucho de relación paternofilial. Pese a que Arnau tenía dos hijos fruto de su matrimonio con Pepita, o tal vez por eso mismo, ambos le cogieron un cariño especial. Los vástagos de los patronos habían cumplido con creces las expectativas de sus padres. Habían estudiado en la universidad y prosperado socialmente. El mayor ejercía de anestesista en un hospital de Barcelona y la pequeña impartía clases de biología en un instituto de la capital de la provincia. No obstante, tras el orgullo con que hablaban de sus logros profesionales, se adivinaba un cierto disgusto. Lamentaban que no se dejaran ver más por el pueblo y también que, si bien estaban emparejados, no les hubieran dado todavía nietos. Casi más que esto, a Arnau le apenaba que ninguno de los dos hubiera seguido sus pasos. Eso explicaba por qué disfrutaba tanto compartiendo sus saberes y haceres con Faso. Cualquiera que hubiera visto a aquel corpulento cincuentón del país trabajando hombro con hombro con un espigado veinteañero de origen africano se hubiera sorprendido de su compenetración. No necesitaban intercambiar muchas palabras para entenderse. Había entre ellos una complicidad fraguada en muchas horas de dura faena compartida. Se diría que su mutua devoción por los jardines borraba las diferencias entre ellos y acentuaba sus afinidades.

Por esas cosas que ocurren en la vida, Faso se había convertido en algo más que un empleado para Arnau y Pepita. Tal

vez porque tenía la edad de sus hijos ausentes, profesionales de éxito en la ciudad, o porque Faso no tenía familia en España, le abrieron las puertas de su casa. Algunos domingos le invitaban a compartir la paella que cocinaba Pepita. En una de esas veladas Faso les habló, con la voz enturbiada por una nota de melancolía, del saquito de semillas que había traído consigo desde África. Pepita, visiblemente emocionada, le animó a sembrarlas y ver qué pasaba. El joven se mostró escéptico respecto

a la posibilidad de que germinasen después de tanto tiempo, pero reconoció que le costaba deshacerse de ellas. “Es cuanto conservo de mi familia”, suspiró esbozando una triste sonrisa. “Nunca sabrás si arraigarán mientras no lo intentes”, insistió su anfitriona en un tono maternal. “Cosas más raras se han visto”.

Aquella tarde, nada más volver a casa, abrió el mugriento saquito, después de más de cinco años de andar de aquí para allá, y extrajo de su interior las semillas empaquetadas con exquisito cuidado por su madre. Si bien ya no tenía claro a qué plantas correspondían algunas de ellas, le llegó a la nariz un aroma acre que le trajo a la memoria el recuerdo de su huerto familiar. En su cabeza resonaron las palabras de su padre y se vio a sí mismo como lo que era: una persona trasplantada a otro lugar. Crecieran o no en suelo europeo, era hora de intentarlo. Con esa idea en la cabeza decidió aceptar el generoso ofrecimiento que, durante la sobremesa, le habían hecho sus patrones. A cambio de que evitase la entrada de intrusos y ladrones por las noches y los fines de semana, le permitían instalarse en una rústica caseta, situada dentro del recinto vallado del vivero, que había sido el primer hogar del matrimonio. Puede que las paredes necesitasen una mano de pintura, la cocina pareciese de otra época y los muebles se cayesen de viejos, pero, aun así, seguiría siendo la mejor vivienda en la que se había alojado en toda su vida. Y por si esto fuera poca ventaja, al no tener que pagar alquiler, dispondría de un dinero extra para cubrir sus gastos y enviar a la familia.

No llevaba viviendo ni un mes en la caseta cuando a Pepita le diagnosticaron un cáncer de páncreas. Su estado de salud empeoró rápidamente y los acontecimientos se precipitaron siguiendo una terrible secuencia de sobra conocida: intervención quirúrgica de urgencia, sesiones de quimioterapia, recaída, nueva operación, cuidados paliativos y el temido final. Desde que

en un chequeo rutinario le detectaron el tumor hasta que pasó a mejor vida transcurrieron apenas seis meses. Durante ese tiempo, Faso intentó ayudar a sus patronos a capear la dramática situación, asumiendo el mantenimiento de más jardines de los que acostumbraba y descargando a Arnau de tareas a fin de que pudiera pasar el mayor tiempo posible junto a la cabecera del lecho de su mujer. No tuvo inconveniente en “hacer más horas que el reloj”, como le gustaba decir al patrón en otros contextos. Era su manera de retornar parte del apoyo y cariño que había recibido.

Fue por aquel entonces cuando, con el beneplácito del patrón, contactó con un compatriota para que viniera a echarles una mano. Y, como si de un pariente cercano se tratase, acogió a aquel joven llamado Alou bajo su techo y le enseñó los rudimentos del oficio. Da medida de hasta qué punto Arnau confiaba en Faso el hecho de que no pusiese inconveniente a la hora de contratar a alguien que, por culpa de una reyerta con navajas, había pasado una corta temporada entre rejas. Dio por buenas las explicaciones de su ayudante y, sin poner pegas a su decisión, se limitó a preguntarle: “¿Estás convencido de que es la persona adecuada?”. No se arrepentiría.

Gracias a la esforzada entrega de aquellos dos jóvenes, muchos de los clientes nunca se percataron del íntimo drama que estaba viviendo Arnau. La muerte de Pepita arrasó su paisaje

emocional. De no ser porque no concebía desatender su trabajo, no se hubiera levantado de la cama. A Faso le dolía verlo tan abatido. No sabía cómo infundirle ánimos y ayudarlo a salir del pozo de tristeza en que se encontraba. Ofrecía un aspecto cada vez más desastrado. Pasaba los días sin afeitarse. Las ojeras orlaban su mirada y se estaba quedando en los huesos. En un gesto de reciprocidad que era una prueba de aprecio y gratitud, ahora era Faso el que los domingos preparaba el arroz al

estilo de su país natal e invitaba al patrón a que los acompañase a la mesa. Uno de aquellos días, tras la sobremesa, se levantó de la silla y le invitó a seguirlo diciendo: “Quiero enseñarte algo”. Arnau, escoltado por los dos veinteañeros, arrastró los pies hasta la parte de atrás de la caseta. En un recuadro de terreno, vallado con malla conejera, crecían algunas plantas desconocidas para él.

—¿Son lo que imagino? —dijo sin llegar a ser una pregunta, mientras paseaba la mirada por aquellas espigas doradas de granos rojizos, flores de otro mundo parecidas a claveles reventones y unas calabazas que no eran tales. Y, sonriendo con pesadumbre a Faso, agregó visiblemente complacido—: Pepita se hubiera sentido orgullosa de ti.

—He pensado hacer un ramo con flores de mi país para adornar su tumba.

Título:

*Un trozo de tierra*

© Santiago Beruete, 2022

De esta edición:

© Turner Publicaciones SL, 2022

Diego de León, 30

28006 Madrid

www.turnerlibros.com

Primera edición: octubre de 2022

Diseño de cubierta:

José Duarte

Imagen de cubierta:

© Cleardesign / Dreamstime.com

Cualquier forma de reproducción, distribución, comunicación pública o transformación de esta obra solo puede ser realizada con la autorización de sus titulares, salvo excepción prevista por la ley.

Diríjase a CEDRO (Centro Español de Derechos Reprográficos) si necesita fotocopiar o escanear algún fragmento de esta obra ([www.conlicencia.com](http://www.conlicencia.com); 91 702 19 70 / 93 272 04 45).

ISBN: 978-84-18895-91-3

DL: M-23140-2022

Impreso en España

La editorial agradece todos los comentarios y observaciones:  
[turner@turnerlibros.com](mailto:turner@turnerlibros.com)